

tiempo llegó á ser Magistrado en Venezuela y Ministro plenipotenciario de la Colombia de Bolívar, y autor del primitivo himno colombiano, era otro poeta prosaico, pero muy culto, que logró transitoria fama, debida en parte á su importancia oficial. Siendo estudiante, compuso *El Soliloquio de Eneas* y *El Sacrificio de Idome-neo*, dos de las primeras piezas originales que se representaron en el teatro de Bogotá. Suyo es también el *Placer público de Santa Fe*, poema en que se conmemora la llegada del virrey Amar y Borbón en 1804. En 1810 hizo una traducción en romance endecasílabo de la *Poética*, de Boileau, traducción muy inferior á las de Arriaza y el P. Alegre, y casi tan desmayada y prosaica como la de Madramany y Carbonell. En tiempo

Bartolomé..... Con licencia. En Santafé de Bogotá. En la Imprenta Real. Por D. Bruno Espinosa de los Monteros. Año de 1804.

Arte Poética de Monsieur Boileau, traducida al verso castellano por el doctor José María Salazar, quien la dedicó al Sr. José Ignacio Pombo, en el año de 1810. Bogotá. Impresa por Valentin Martinez. Año de 1828.

Empieza:

Piensa en vano subir un mal poeta -
 Á la elevada cima del Parnaso,
 Cuando se empeña temerariamente
 En el arte de Apolo soberano:
 Si no siente del cielo la influencia,
 Si su estrella al nacer no lo ha formado,
 En aquella impotencia retenido,
 Ó de su propio genio siempre esclavo,
 Sordo le viene á ser el mismo Febo
 Y de tardías alas el Pegaso.....

La Colombiada ó Colón, el Amor á la Patria y otras poesías líricas. Caracas, 1852.

Empieza:

No hazañas canto de inhumana gente,
 Mas la de aquel varón esclarecido
 Que de Occidente á descubrir la tierra
 Atravesó el Atlántico temido.....

de la Independencia publicó dos poemas: *La Campaña de Boyacá* y *La Colombiada*; uno y otro yacen en el olvido más profundo.

Á los *Soliloquios trágicos* de Salazar hay que añadir *El Zagal de Bogotá*, de D. José Miguel Montalvo, representado en 1806, otra de las primeras, aunque infelices tentativas del teatro neo-granadino, que nunca ha medrado mucho. Montalvo murió fusilado en 1816 con Caldas y otros patriotas.

Como poeta jocoso, de aquellos cuyos donaires, en demasía triviales y caseros, no resisten á la dura prueba de los años, se cita al clérigo insurgente D. José Ángel Manrique, autor de dos poemas burlescos: *La Tocaimada* y *La Tunjanada*, que andan manuscritos. Más ingenio tuvo, aunque con frecuencia mal empleado, el doctor D. Juan Manuel García Tejada, á quien cuelgan generalmente la paternidad de cierto poemita en alto grado ofensivo á la pulcritud del olfato, y que será conocido de cualquier español por estas señas. Fué García de Tejada fidelísimo partidario de la causa realista; redactor de la *Gaceta de Santa Fe* en tiempo del general Morillo, llevó su lealtad hasta aceptar los rigores de la expatriación perpetua, y murió muy anciano en Madrid en 1845. Se perdió un largo poema que había compuesto sobre la revolución de Nueva Granada. Vergara le atribuye el siguiente soneto, que anda anónimo en algunos libros de devoción, y que si realmente es suyo, basta para que le perdonemos aquel insufrible pecado de mal olor y mala crianza á que principalmente va unido su nombre:

Á JESÚS CRUCIFICADO.

Á vos corriendo voy, brazos sagrados,
En la cruz sacrosanta descubiertos,
Que para recibirme estáis abiertos
Y por no castigarme estáis clavados.

Á vos, ojos divinos, eclipsados,
De tanta sangre y lágrimas cubiertos,
Que para perdonarme estáis despiertos,
Y por no confundirme estáis cerrados.

Á vos, clavados pies para no huirme;
Á vos, cabeza baja por llamarme;

Á vos, sangre vertida para ungirme;

Á vos, costado abierto, quiero unirme,
Á vos, clavos preciosos, quiero atarme
Con ligadura dulce, estable y firme.

Otro soneto agradeciendo al arzobispo de Bogotá, Mosquera, una cuantiosa limosna que envió al pobre y anciano poeta, empieza con estos agradables versos:

Escucha Dios en su encumbrado cielo
De humildes golondrinas el gemido,
Cuando, lejanas del paterno nido,
Vagan desamparadas en su vuelo.....

Poeta de festivo humor como García Tejada, aunque más limpio y comedido en sus gracias, y fidelísimo como él á la corona de España, fué el gaditano D. Francisco Javier Caro, tronco de la familia más ilustre en las letras colombianas, abuelo del vehemente y filosófico poeta José Eusebio Caro, y bisabuelo del grande humanista, poeta y crítico á quien debemos la mejor traducción de Virgilio que hay en nuestra lengua. Quedan de Caro, el abuelo, muchas décimas satíricas y burlescas en que campea la chispa andaluza más que el arte ni el estudio, al cual no era ajeno, sin embargo, puesto que dejó notas manuscritas á la *Poética* de Horacio, y sostuvo vic-

toriosas polémicas con D. Manuel del Socorro Rodríguez y su *Papel Periódico*. Tenía Caro especial inquina á la literatura de los criollos, pero envolvía esta desaprobación suya en formas tan chistosas y era de carácter tan inofensivo y benévolo, aunque dado á chanzas y zumbas, que ninguna de sus víctimas literarias llegaba á enojarse con él, ni sus golpes hacían nunca sangre.

La familia de Caro vino á emparentar, andando el tiempo, con la de otro poeta, el Dr. D. Miguel de Tobar, natural de Tocaima, jurisconsulto insigne é incorruptible magistrado, de quien hace honrosa mención Groot en el tomo III de su *Historia Eclesiástica de Nueva Granada*. Por los años de 1814 á 1818 compuso el Dr. Tobar con fácil numen algunas odas horacianas, ó más bién del género y estilo de Fr. Diego González y Meléndez cuando querían imitar á Fr. Luis de León. Conozco las dirigidas *al Muña*, *al Tequendama*, y alguna otra, inéditas todavía en poder de su ilustre nieto D. Miguel Antonio Caro.

Si á estos nombres se añade el del presbítero de Popayán D. Mariano del Campo Larrondo y Valencia, que en 1801 envió al *Correo Curioso de Santa Fe de Bogotá* (periódico dirigido por D. José Tadeo Lozano, Marqués de San Jorge, y D. Luis Eduardo Azuola) algunas odas de Horacio, traducidas con bastante llaneza y prosaísmo, pero acompañadas de una excelente carta sobre el arte de traducir, que Larraondo entendía tan bien y practicaba tan mal (1), tendremos casi ago-

(1) En la Biblioteca de Bogotá se conservan dos cuadernos manuscritos intitulados: *Rasgos morales, filosóficos, históricos y políticos, en verso y prosa, compuestos y dedicados á la juventud de Popayán, por el Dr. D. Mariano del Campo Larraondo y Valencia, presbítero*. De ellos me dió noticia el Sr. Caro.

tado el catálogo de los buenos y malos versificadores de la escuela del siglo XVIII que florecían más ó menos obscuramente en los últimos días del virreinato de Nueva Granada, acompañando, aunque muy de lejos, el movimiento científico que dirigían Mutis, Caldas y sus amigos.

La guerra de la Independencia no suscitó en Nueva Granada ningún Olmedo. Débilmente está representada la poesía de este período por dos ingenios de la escuela clásica, Fernández Madrid y Vargas Tejada, que conservan cierta celebridad por los azares de su vida más que por el mérito de sus versos, apenas leídos ya de nadie. El Dr. Fernández Madrid, médico de Cartagena de Indias, se había dado á conocer como poeta en el *Semanario* de Caldas, insertando una oda *Á la Noche*, notable sólo por el artificio *polimétrico* con que, apartándose del rigorismo clásico y siguiendo las huellas de Arriaza (el poeta español más leído entonces en las colonias), se atrevía á introducir en una sola composición sextillas endecasílabas, octavitas de final agudo, y alejandrinos, prelujiando en esto la libertad romántica. El torbellino revolucionario envolvió á Fernández Madrid, llevándole primero á la junta patriótica de Cartagena, luego al Congreso de las Provincias Unidas de Nueva Granada y Venezuela, en el cual se distinguió por su fácil y ardorosa elocuencia, y finalmente, aunque por breve tiempo y en circunstancias enteramente desesperadas, á la presidencia de la República, que sucumbió en sus manos en 1816. Fernández Madrid, que no tenía temple de héroe ni vocación de mártir, no sólo se rindió al pacificador Morillo, sino que en humildísima representación fingió retractarse solemnemente de sus antiguas ideas, y aun afirmó que sólo por evitar mayores

males y facilitar la sumisión del país había consentido en ponerse al frente de la insurrección. Esta representación (según el dicho atroz del historiador Restrepo) (1) «le salvó la vida, pero no el honor». El Dr. Madrid se quedó tranquilamente en la Habana ejerciendo su profesión y escribiendo versos, y cuando triunfó la independencia de Colombia, Bolívar no tuvo reparo en enviarle de ministro plenipotenciario á Londres, donde residió hasta su muerte, acaecida en 1830.

Con estos antecedentes cualquiera puede dar su justo valor á las feroces diatribas contra España, que son el principal tópico de las odas del Dr. Madrid. La firmeza que en sus actos públicos le había faltado quiso compensarla desde el quieto y seguro asilo de Londres con alardes declamatorios de un *miso-hispanismo* frenético, creyendo que con esto tenía bastante para que los patriotas de Colombia olvidasen su historia. Nadie abusó tanto como él de *los tres siglos de vil servidumbre*, de *la ferocidad castellana nunca saciada de sangre y ven-*

(1) Vindicase la memoria del Dr. Madrid de los cargos políticos que por su conducta en la Presidencia de la República se le hicieron, en la excelente *Biografía de D. José Fernández Madrid*, arreglada por D. Carlos Martínez Silva sobre los documentos recogidos y clasificados por el eminente hombre público D. Pedro Fernández Madrid, hijo del poeta (Bogotá, 1889). No puede negarse que la vindicación es enérgica y victoriosa en casi todos los puntos; pero para nosotros queda en pie siempre un cargo, que podrá ser menos grave, pero que atañe á la delicadeza artística del poeta, no menos que á la moral del ciudadano: el haberse desatado desde Londres, y sobre seguro, en injurias contra los españoles, á quienes, de un modo ó de otro, debía la salvación de su vida.

Restrepo, en la segunda edición de su obra histórica (Besanzón, 1858), rectificó la mayor parte de sus juicios adversos al Dr. Madrid, cuyo carácter bondadoso y dulce, aunque falto de la firmeza necesaria para descender á la arena política en épocas turbulentas, ha dejado muchas simpatías entre los hombres más ilustres de Colombia.

ganza, de la eterna ignominia del déspota ibero, del férreo cetro del León quebrantado por la libertad. Relegó á España á vivir en el rincón tenebroso, incierto entre el África y la Europa; y para sus soldados, ante los cuales había huído y se había humillado en 1816, nunca tuvo más blandas calificaciones que las de *bandidos, prófugos, salteadores infames de caminos, ciervos, tigres* y otras lindezas tales. Parece que en alguna ocasión él mismo se avergüenza de su propio vilipendio, y exclama:

Sangre española corre por mis venas;
Mío es su hablar, su religión la mía;
Todo, menos su horrible tiranía.....;

pero á renglón seguido vuelve á renegar de su raza, y se extasia con la esperanza de ver restaurado el trono de los Incas y las paternas leyes de los hijos del Sol:

En fuego divino los Andes se inflaman;
De doce monarcas la voz paternal
Repiten sus ecos, que al mundo proclaman
De América el triunfo, la gloria inmortal.
¡Oh manes sagrados,
Volved aplacados!
Volved á las tumbas, familia imperial.
No más servidumbre; no, sombras augustas;
Cesó la ignominia del yugo español:
Ya estamos vengados,
Y reinan de nuevo, con leyes más justas,
Más dignos del padre, los hijos del Sol....

La prisión y muerte de Atahualpa le arrancaban lágrimas á cada momento, haciéndole prorrumpir en interminables elegías, en que á su sabor vengaba en la sombra de Pizarro las tribulaciones que le había hecho pasar el general Morillo.

Las odas políticas de Madrid son de la más intolerable y hueca patriotería, una sarta de denuestos en estilo de proclama. Los mismos críticos americanos han llegado á reconocerlo, y el *Juicio* de los hermanos Amunátegui (1), por duro que parezca, es en esta parte inapelable, y ha hundido para siempre al poeta cartagenero, astro de falsa luz, que sólo pudo deslumbrar un momento á los que equivocaban la verdadera grandeza con el énfasis bombástico. En vano usa y abusa de toda la máquina retórica, y no se harta de personificar las provincias y las ciudades, y la discordia, y la traición, y la libertad, y la gloria, y la paz, y la victoria, y la tiranía, y todo género de abstracciones: ave de vuelo rastrero, jamás asciende á la región tempestuosa á donde sube la canción triunfal de Quintana y de Olmedo. Todo el incienso que empalagosamente se tributa al Libertador en estas odas, declarándole superior á todos los grandes personajes históricos, á Fabio en la prudencia, á Aníbal en intrepidez, á César en saber y elocuencia, á Pelópidas, á Temístocles, á Foción, á Camilo, á Cincinato, á Washington..... todo este pedantesco y ridículo catálogo que el Dr. Madrid repite siempre que habla de su héroe, no puede dar ni aun remotamente la idea de Simón Bolívar que dejan en la memoria aquellos solemnes versos del gran poeta de Guayaquil:

¿Quién es aquél que el paso lento mueve
Sobre el collado que á Junín domina?.....

(1) *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos, por Miguel Luis y Gregorio Victor Amunátegui. Santiago (de Chile), Imprenta del Ferrocarril, 1861.*

Considerado meramente como versificador, el doctor Madrid tiene cierto valor relativo de corrección y facilidad elegante, que contrasta con lo escabroso, desaliñado y malsonante de otros muchos autores de himnos y poemas de la independencia americana, muchos de los cuales (en Chile, por ejemplo, y en Buenos Aires) parecían haberse rebelado, más que contra España, contra las más triviales nociones de nuestra prosodia. Por el contrario, la versificación de Fernandez Madrid es habitualmente limpia y muchas veces sonora y armónica, combinándose bastante bien en su estilo los opuestos caracteres de la escuela de Quintana y de la de Arriaza.

Sus condiciones nativas le llevaban más bien á imitar al segundo que al primero; así es que brilla más y se deja leer con menos disgusto en la poesía ligera que en los raptos de la oda pindárica. En la Habana, donde no podía hacer versos contra España (aunque no dejó de cultivar la poesía política, aprovechándose de la libertad constitucional de 1820), se dedicó al cultivo de la anacreóntica, y entonces compuso y dedicó á su mujer las diez composiciones que llamó *Rosas*, llenas de erotismo tan sensual como candoroso. Por entonces compuso también *Mi Bañadera* y *La Hamaca*, que se recomiendan por cierta languidez criolla bastante agradable. Estos dos juguetes son casi lo único que sobrevive de sus versos. Tradujo gran parte del poema de Delille *Los Tres Reinos de la Naturaleza*, y el *Ditirambo* del mismo autor *sobre la inmortalidad del alma*. Compuso dos tragedias originales: *Atala* y *Guatimozín*, que consideraba como principio de un teatro americano. Ni una ni otra se representaron ni eran representables, puesto

que el autor parecía haber prescindido hasta de las condiciones más elementales del drama (1).

Si el Dr. Madrid, que con candorosa satisfacción de sí mismo exclamaba:

¡Feliz el que ha nacido
Al mismo tiempo médico y poeta!
Dos veces laureado
Por Minerva y Apolo.....,

dejó en sus escritos datos suficientes para juzgar lo que como poeta, y aun como médico, valía; el malogrado joven Luis Vargas Tejada fué víctima de hados tan adversos que escasamente puede decidirse si había en él la esperanza de un poeta. A esto último nos inclinamos, recordando entre sus versos líricos la delicada y armónica silva *Al Anochecer*, y algún otro rasgo fugitivo de poesía íntima y dulce, y entre sus ensayos dramáticos la comedia, ó más bien largo entremés, de *Las Convulsiones*, picante y libre en demasía, pero de chiste muy espontáneo y genial. Por entonces estaban muy en auge en Bogotá las tragedias clásicas, especialmente las de Voltaire, Alfieri y sus imitadores españoles, prefiriéndose naturalmente las que contenían ardientes efusiones de liberalismo y apóstrofes contra la tiranía y la superstición. Vargas Tejada, que hubiera podido brillar en lo cómico, se empeñó infelizmente en calzar el coturno, escribiendo tres tragedias, *Sugamuxi*, *Doraminta* y *Aqui-*

(1) La primera edición de las *Poesías del Ciudadano Dr. José Fernández de Madrid* (con título de tomo primero aunque no salió el segundo), es de la Habana 1822, *Imprenta Fraternal*. Al fin del tomo está la tragedia *Atala*. En 1828 hizo en Londres otra edición más completa y añadió la tragedia *Guatimozín*, que ya el año anterior se había impreso suelta en París. Dejó, además, algunas Memorias sobre asuntos de Medicina.

min, y dos monólogos trágicos, *Catón en Utica* y *La Muerte de Pausanias*.

En Vargas Tejada es más interesante la vida que los escritos. Era un tipo perfecto de conspirador de buena fe, de tiranicida de colegio clásico, admirador de Bruto y de Catón, en cuya boca ponía interminables romanzas endecasílabos contra el dictador y la dictadura. Fué de los *Septembristas* que en el año 28 asaltaron la casa de Bolívar y estuvieron muy á punto de asesinar al que llamaban *tirano*. De resultas, varios de los conspiradores murieron en el patíbulo, y Vargas Tejada, proscribo y fugitivo, escondido durante catorce meses en una caverna, acabó por perder el juicio ó poco menos, y se ahogó involuntariamente en un río cuando intentaba refugiarse en la Guayana. Tenía el infeliz veintisiete años; había demostrado talento precocísimo componiendo versos, no sólo en castellano, sino en francés, alemán y latín; era, á despecho de su fanatismo político, dulce, afectuoso, sencillito, inclinado á la piedad y devotísimo de su familia, sentimientos que se declaran bien en una carta mucho más poética que sus versos, escrita á su madre desde la cueva en que vivía, el 8 de Diciembre de 1829 (1). Estas cualidades, unidas á su

(1) Véase la excelente *Noticia biográfica de Luis Vargas Tejada*, escrita por D. José Caicedo Rojas en el *Anuario de la Academia Colombiana*, año de 1874.

Nació Vargas Tejada en Bogotá, en 1802, y murió, del modo que queda dicho, en 1829. Su principal maestro y consejero fué el poeta argentino Miralla. Fué secretario de la Convención de Ocaña, y allí figuró entre los más ardientes demócratas. Disuelta aquella asamblea, se lanzó á la conspiración de que fué víctima. Sus *Poesías* fueron publicadas en 1855 por D. José Joaquín Ortiz, juntamente con las de D. José Eusebio Caro. Faltan en esta edición las tragedias *Doraminta* y *Aquimin*, que se conservan manuscritas.

trágico destino, dejaron en el ánimo de cuantos le habían conocido un melancólico recuerdo, y explican en parte la exagerada estimación que en algún tiempo se hizo de sus méritos literarios. Se le consideró como un iniciador; se le llamó el *Chénier* colombiano, «el ave que cantó primero en la mañana de Colombia, tras la obscura y tempestuosa noche que le precedió». Truncada en flor aquella existencia, que parecía tan llena de promesas, sólo es lícito hoy repetir, como epitafio del misero poeta, aquellos versos suyos que parecen un vaticinio lúgubre:

Á los rigores de una suerte acerba
El hado me arrojó desde la cuna,
Cual flor ignota entre la humilde hierba.

La muerte de Vargas Tejada abre un paréntesis en la historia literaria de la República de Nueva Granada, desgarrada por las facciones y hundida en la anarquía durante muchos años. Pero la cultura poética tiene allí tan hondas raíces, que no tardó en volver á brotar más pujante que nunca, acariciada por el mismo viento de la tempestad política, que dió al nuevo lirismo un vigor y una independencia formidables. El romanticismo penetró por Venezuela, más abierta al trato y comercio con Europa; pero así como en Caracas no pudo engendrar, con raras excepciones, más que una poesía efectista, relumbrante y chillona, llena de impropiedades de concepto y de forma, en Bogotá y en Popayán arrancó magníficos acentos de amor y de ira á los espíritus ardientes é indómitos de José Eusebio Caro y de Julio Arboleda, y en las montañas antioqueñas suspiró con inefable melodía en las dulces estrofas de Gregorio

Gutiérrez González. Al mismo tiempo, la escuela lírica del siglo pasado, renovada y transformada en cuanto al espíritu, tuvo en D. José Joaquín Ortiz un excelso representante. En estos cuatro poetas líricos, tan diversos entre sí, se cifra lo mejor del tesoro poético colombiano, al cual la posteridad juntará las obras de algunos ingenios vivos, de los cuales hay tres, por lo menos, que escasamente encuentran rivales en América. A nadie se hace ofensa con afirmar verdad tan notoria como que el Parnaso colombiano supera hoy en calidad, si no en cantidad, al de cualquier otra región del Nuevo Mundo. Pero circunscribamos nuestra tarea á los límites que voluntariamente nos hemos impuesto.

José Eusebio Caro fué el más lírico de todos los colombianos, por lo profundo é intenso de su vida afectiva, la cual expresó con rara franqueza y viril arrojo en versos de forma insólita, que bajo una corteza que puede parecer áspera y dura, esconden tesoros de cierta poesía íntima y ardiente, á un tiempo apasionada y filosófica, medio inglesa y medio española, que antes y después de él ha sido rarísima en castellano. La extraña y selvática grandeza de la poesía de Caro procede enteramente de la grandeza moral del hombre, que fué acabado tipo de valor y dignidad humana.

Poeta fué, y altísimo poeta,
No por poeta, empero, mas por grande....

ha dicho de él D. Rafael Pombo, uno de los espíritus más dignos de comprenderle. El heroísmo de su vida pública; la altísima noción que tuvo del deber, cumplido siempre por él sin vacilación ni desmayo; la magnánima altivez de su carácter, inflexible ante el ceño de los des-

potas y el puñal de los demagogos; la austera independencia con que sacrificó patria, hacienda, reposo, y finalmente la vida misma, al culto de la ley hollada y á la vindicación de la justicia escarnecida, hicieron de su persona la encarnación del perfecto ciudadano, y dieron á su poesía aquella íntegra y honrada sinceridad, que es su mayor precio. Y aquí prosigue Pombo:

Serio, elevado, independiente, fiero,
No supo hacer reir, ni *hablar mentira*.
Por ser gran corazón, es gran poeta,
Que hace creer, sentir cuanto nos dice.....
.....
Su estudio, el corazón; única fuente
Del verbo que arde y late y saca llanto,
Que acerca el verso, dardo de la frente,
Y da su eterna resonancia al canto.

Jamás, como no fuese en los días de aprendizaje, escribió versos Caro por el solo placer de escribirlos, sino porque su alma grande, tempestuosa y bravía necesitaba este medio de expansión, y tenía que trasladarse entera á sus canciones. Huérfano, amante, esposo, padre, guerrillero, combatiente político, su musa fué siempre la pasión, grande, generosa, humana, desbordada é irresistible en su oleaje. El alma de Caro era un volcán que en breve tiempo debía consumirle. Todo lo sentía líricamente, es decir, en un grado máximo de exaltación, concedido á pocos mortales. Su vida se compenetra con sus versos, y sus versos son inseparables de su vida. Ora truene y fulmine contra el tirano en las estrofas vengadoras de *La Libertad y el Socialismo*, ora exprese en versos divinos los éxtasis del amor conyugal, ora acaricie su hacha *espléndida y cortante*, ora quiera rasgar el velo del porvenir y adivinar los destinos